

CARLOS Y GUILLEN

CARLOS es sombrerero. Dice Anita que buen sombrerero y muy mal vendedor.

Carlos conoce de corazón y por oficio las cabezas de sus amigos. Aún no existe la palabra cliente. Sería inventada después, hoy, cuando las cabezas andan desnudas, como si una gran tempestad: la prisa, hubiera erosionado para siempre la estatura del hombre.

Carlos es testimonio vivo del mundo en remanso. Murcia estanque de luz y de silencio, sosiego provinciano.

Guillén vive en esta Murcia que lleva su mano al sombrero. Carlos y Jorge se han conocido un día, y su amistad será para todas las horas. Así lo dirá Jorge cuando le dedique el primer fascículo de «Homenaje»: «A Carlos Ruiz-Funes, amigo a todas las horas».

En Murcia el cielo es azul sin límites, trasparente y universal. Sólo aquí se adquiere conciencia de estar sumergido:

*Como los pececillos
Casi tan diminuto,
Residente casual de este planeta
Soy creación también como esos peces.*

Así lo ha dicho Jorge muchos años después. Volvamos al principio. El poeta escribe a Federico: «resumo esta felicidad de tiempo claro y avances de primavera que ya se siente en Murcia. Hace un día espléndido. Venimos de un camino entre huertas. He vuelto a casa para escribirte. Cada vez me penetra más agudamente lo que yo llamo la felicidad atmosférica: es que nos viene en el aire y en la luz del aire, cuya tranquila respiración —solamente respiración— calma nuestra inseguridad de vivir. Sólo así estoy seguro de la totalidad de mi existencia: respirando esta luz».



Para Carlos este cielo —luz y aire— sin fecha está cruzado por cartas y telegramas que mantienen el equilibrio de las esferas. La amistad es alegría de creación y de todas partes, tan próximas, llegan voces amigas.

Carlos mira a través de la cristalera de sus días y lentamente piensa. No, no lleva su mano a la mejilla. Carlos mira la tierra y sus hombres entre anuncios y prisas, las calles donde cruzan automóviles. No al cielo abstracto de Castilla.

A la tarde, Carlos es testigo, si uno pide algo y acierta en su ruego —depende de secretas armonías— se le concede:

*Está el día en la noche
Con latido de tráfico.
El cielo, más remoto va esfumándose
Esa terraza de café más íntima,
Infunde su concordia al aire.*

Es el momento adecuado, sólo entonces, desde el Malecón, desde el Puente Viejo, sentados en el Oriental, en la terraza del Moderno, nos sentimos uno con el rito litúrgico del aire, encendido en un clamor de colores.

Sólo entonces comprendemos: libros, cuadros, sombreros, versos, prisas, amistad, tiempo, sólo entonces la voz de Guillén se hace voz de todos:

Mi equilibrio ordinario es mi gran arte.

Hay algo más. Sobre todas las cosas está una común apetencia de Carlos y Jorge, lo que nos permite enlazarlos para siempre: su estar en el mundo.

Carlos es sombrerero, Jorge poeta-profesor, los dos son, más aún, están:

*Soy, más, estoy. Respiro.
Lo profundo es el aire.
La realidad me inventa,
Soy su leyenda. ¡Salve!*

